

EDITORIAL

De nuevo, Foucault

La desaparición, el 25 de junio de 1984, de una influyente figura, Michel Foucault, coincidió con un momento de repliegue y desconcierto en la actividad cívica y cultural tanto europea como americana. Se abrió un período de crisis e incertidumbre, alguno de cuyos rasgos él mismo ya había adelantado como buen estudioso del liberalismo, de las políticas volcadas sobre la población o, en general, de las líneas más quebradizas de nuestras instituciones. Sus reflexiones sobre la naturaleza inasible de la historia le empujaron a ver, en la *Genealogía del racismo*, en el nacionalismo y la guerra moderna, la estela de la más genuina *realidad histórica*. Diez años después de aquella fecha, su descripción de ciertas luchas o de ciertas violencias como *fuerzas* indisociables de la trama misma de la verdad o de la razón sigue siendo hoy, sin duda, intempestiva.

Desde la *Historia de la locura* hasta las tres entregas, espaciadas, de la *Historia de la sexualidad*, pasando por libros tan densos como *El nacimiento de la clínica* o *Las palabras y las cosas*, la obra de Foucault se mantiene muy viva. Y ello sucede, incluso, una vez que se ha ido absorbiendo, durante estos años, su crítica a nuestras ideas más «inamovibles». Su historiografía, utilizada ya por los mejores historiadores, ni es una historia de ciertas teorías (modernas o no), ni una historia de las ideologías correspondientes ni aún una historia de las mentalidades: es más bien el rastreo y el relato, quizá irreplicable, de cómo determinados hechos, ideas o actuaciones de nuestra civilización vinieron a convertirse, de pronto, en verdaderos *problemas*; de cómo y de qué forma particular devinieron una *cuestión lacerante* en un momento preciso, con independencia de su aparición lejana o difusa.

Todo ese trabajo supuso una especie de análisis indirecto del estado actual de las cosas —que subrayaba la historicidad de tantas nociones y prácticas, al parecer *seguras*, del presente—, a fin de evidenciar sus posibilidades, muy concretas, de modificación. Mostrar la insospechada *movilidad* en el tiempo de ciertos «detalles» de nuestra vida social fue el desenlace de un análisis nada aséptico y realizado al *trasluz* de nuestra experiencia colectiva, puesto que, por ejemplo en *Vigilar y castigar*, estudió el crimen para comprender la ley o investigó el comportamiento de la prisión para dar cuenta del inquietante (pero indiscutido) sistema penal. Del mismo modo, su *Historia de la locura* fue una rara interrogación sobre nuestros sistemas de razonamiento: sin descartar que la conciencia de quien desvaría es algo importante a «descubrir», Foucault prefirió fijarse en la *estructuración social* de la experiencia de la locura. Y la incomodidad que provocan sus textos, éste en particular, es una experiencia que conviene renovar, ahora, por medio de una lectura vigilante.

A quienes lo han leído, en efecto, les desconcierta y ofende la insistencia con que otros le atribuyen afirmaciones nunca formuladas o contrarias a su opinión. Foucault nunca dijo que el gesto liberador de Pinel fuera inútil, sino que inauguró, también, otro tipo de represión: la del tratamiento moral en la institución. Tampoco descalificó a la ligera al psiquiatra, sólo puso en solfa la violencia oscura y dictatorial que puede camuflar un discurso curativo y normalizador. Jamás vino a decir que lo irracional propusiera una verdad de rango superior a la razón, y, *sin embargo*, subrayó que cierto saber en los límites de la experiencia, en las fronteras del abismo y en las lindes de la transgresión y lo infinito —conocimiento que denominó *sinrazón*— había desempeñado un importante papel en el desarrollo de las ideas y en el progreso de los hombres. Ni siquiera negó la existencia de la enfermedad, como tantas veces, interesadamente, se ha dicho, *aunque* sí denunció el modo como la ideología del positivismo estaba reduciendo a enfermedad el pasado noble de la *sinrazón*. En definitiva, Foucault sostuvo la necesidad de interrogar la dimensión enmascarada y silenciosa de los discursos de la psiquiatría, desvelando las estrategias de poder allí donde tendían a ocultarse y reclamando, más allá de su dimensión natural, y sin caer en un dualismo ramplón, el carácter cultural e histórico de la psicosis.

Hoy en día, una conjura vil del positivismo, en forma de reducción biológica, conductual y pragmática de todas las manifestaciones de la locura, está a punto de narcotizar la *clínica*, convirtiendo nuestro oficio en una caricatura irreconocible. El secuestro del sujeto en la enfermedad, diagnosticado por Foucault en el nacimiento mismo de la psiquiatría, se ha convertido en una especie de conspiración, pretendidamente «definitiva», que intenta transformar la tristeza en depresión y la psicosis en clasificación documental, haciendo bueno, sin quererlo, su pronóstico: «quizá llegue un día en que no se sepa ya bien qué ha podido ser la locura». Rebelándonos contra esta apoteosis positivista de la estrecha «razón», es ineludible formular públicamente la denuncia de tal dogmatismo ciego y luchar contra él hasta el aburrimiento, cuantas veces sea preciso. Ninguna ocasión más oportuna —en el número cincuenta de la *Revista*¹— ni más solemne para ello que este singular aniversario.

Consejo de Redacción

¹ En este número publicamos un artículo de Foucault, inédito en España, sobre Hölderlin y la «psicopatología de los poetas», con motivo de la aparición, en 1961, del libro de Laplanche, *Hölderlin et la question du père*. Asimismo hemos elegido, para comentarlo, un texto de Artaud, autor que, junto con Blanchot o Bataille, es una referencia central en la discusión foucaultiana acerca de la «experiencia de los límites». Por lo demás, en la entrevista con G. Duby que presentamos, sobre el oficio de historiador y sobre ciertos problemas de la psicología medieval, este gran intelectual se refirió extensamente al trabajo de su colega Foucault.